

La criminalización de la economía y la política

Jaume Curbet

Editor Gobernanza y Seguridad Sostenible

Tiempo aproximado de lectura: 11 minutos

La desregulación y la globalización financiera han venido a dar un impulso –en absoluto secundario– a la expansión metastásica de la economía criminal; hasta tal punto que, como señala Vidal-Beneyto, la diferenciación entre actividad económica legal y criminal, dinero limpio y dinero sucio, resulta cada vez más difícil. Porque, además, al blanqueo de dinero ha venido a añadirse el “negreo”, es decir, la conversión de fondos blancos, legales, en manos de organizaciones terroristas, en volúmenes importantes de dinero en metálico destinados a cubrir las necesidades derivadas del funcionamiento de sus estructuras clandestinas y de sus acciones violentas.

De manera que puede afirmarse que las finanzas modernas y el Crimen Organizado Global se sustentan mutuamente, dado que ambos necesitan para crecer que se supriman las reglamentaciones y los controles cívicos estatales e internacionales.

El límite imposible entre economía legal e ilegal

Conviene tener presente que más de 1,3 billones de euros diarios cambian diariamente de manos, en los mercados financieros del planeta, sin ningún impedimento ni control efectivos. Éste volumen desorbitado de capitales, que supone cinco veces más que el total del presupuesto anual del Estado francés, está completamente desconectado de la economía real, dado que las exportaciones mundiales de bienes y servicios no sobrepasan los 18.000 millones de euros al día, es decir unas setenta veces menos.

En las dos últimas décadas se ha producido una auténtica revolución; de la cual, a pesar de todo, es muy probable que aún no hayamos percibido plenamente su trascendencia. Lo cierto es que, actualmente, las finanzas han llegado a dominar al resto de los sectores económicos y sociales. Y, lo que todavía es más importante: la especulación se ha convertido en el resorte natural del mundo de las finanzas. El dinero, por tanto, ya no pretende financiar el desarrollo económico y social sino que, bien al contrario, se ha convertido en un parásito que no para de exigir más subordinación y mayores beneficios. De manera, pues, que ya no es posible esconder el verdadero objetivo de los mercados financieros, el cual no consiste en redistribuir la riqueza generada por la economía productiva, sino en asegurarse su propio crecimiento.

En última instancia, la existencia de riesgos imprevisibles constituye la razón de ser de los especuladores. No puede extrañarnos pues, que el sistema actual produzca incertidumbre e inestabilidad, dado que ambas condiciones resultan indispensables para la especulación. Lo que sí puede resultar paradójico es que, el propio sistema, aporte, a su vez, los medios que permiten neutralizar dicha incertidumbre, en beneficio de los propios especuladores. Se entra así en un círculo vicioso que lleva a los especuladores a tener que encontrar otros especuladores que quieran cubrir dichos riesgos, y así hasta el infinito. De esta forma, con la persecución de una mayor seguridad individual, cada cual contribuye a hacer cada vez más inseguro el sistema global.

En cualquier caso, el mundo actual no tiene casi nada que ver con el de hace veinte años. En tan sólo dos décadas, las finanzas especulativas han impuesto su lógica por encima de cualquier otra consideración política, económica o social: necesitan siempre más dinero y menos controles. Sometidos al dictado de la especulación financiera, los mercados se nutren de la totalidad del dinero en circulación, sin que importe ni su origen ni su propietario: del que proviene de las pensiones, de los préstamos, del

crecimiento de los países emergentes, pero también del de la evasión fiscal organizada, de la corrupción, de las mafias y del comercio de las drogas ilegales.

Podemos empezar a entender, por lo tanto, por qué la lucha contra el Crimen Organizado Global y el dinero sucio obtiene unos resultados tan lamentables a escala mundial. Y es que una represión eficaz supondría cuestionar los principios mismos que rigen la globalización financiera en tanto que sistema autorregulado al margen de todo tipo de control cívico.

Queda claro, pues, que la economía criminal se halla íntimamente ligada a la economía legal. De manera que, contrariamente a su imagen más tópica, la economía ilegal no se compone sólo de actividades puramente criminales, como el tráfico de drogas, los secuestros y otro tipo de delitos característicos de la criminalidad organizada tradicional: la mitad de los beneficios de la Mafia siciliana proceden ya de actividades en apariencia lícitas.

La convergencia de ambos ámbitos de la economía –el legal y el ilegal– se produce principalmente a través de dos procesos complementarios. En un sentido, las organizaciones criminales diversifican sus actividades ilegales en muchos sectores que ofrecen una menor intensidad criminal, como es el caso del fraude en las adjudicaciones públicas. Por otra parte, empresas del sector legal se dedican también a actividades ilegales, incluso criminales, como el fraude fiscal o la corrupción política. Generalmente, la totalidad de dichas prácticas ilegales y criminales utilizan los mismos circuitos de blanqueo de dinero recurriendo a los mismos intermediarios y a las mismas técnicas: paraísos fiscales, sociedades fiduciarias, mercados financieros, etcétera.

Una actividad criminal organizada es, en cualquier caso, una nebulosa de individuos, de sociedades comerciales, frecuentemente de asociaciones privadas, con estatutos bien diferentes. Algunas son totalmente clandestinas, otras presentan una fachada impecablemente honesta. Un circuito económico criminal se parece cada vez más a un grupo de empresas, e incluso a una rama de actividades que funcionan gracias a una división del trabajo muy parecida a la de la economía legal. Sólo un pequeño grupo de individuos conforma el núcleo opaco de la organización criminal, pero la mayor parte gravitan a su alrededor hasta confundirse con la economía legal: es el caso del industrial, el abogado, el banquero, el asegurador, el policía o el funcionario que prestan su conocimiento, su práctica o su poder al servicio del crimen organizado; lo cual les convierte en “criminales a tiempo parcial”.

Está claro que el Crimen Organizado Global despliega su actividad allí donde puede obtener beneficios, rozando la frontera entre la legalidad y la ilegalidad. Las organizaciones más poderosas, en este nuevo contexto, diversifican tanto como pueden sus actividades y se recomponen con una gran flexibilidad. En el mundo de la economía ilegal, tal y como sucede en el de la economía oficial, la evolución deja anacrónicas las tradicionales estructuras rígidas –como las de la Mafia siciliana, los cárteles de Cali o de Medellín, de las familias de la Cosa Nostra norteamericana–; las cuales han sufrido importantes reveses tanto en su lucha contra la justicia como en los mercados financieros. Contrariamente, cuanto más flexibles son –como es el caso de la Mafia rusa o la Camorra napolitana, tradicionalmente poco centralizadas–, de mayores oportunidades disponen para resistir los ataques judiciales y policiales y de aprovechar las nuevas oportunidades que presenta la globalización económica y financiera.

La economía delictiva, así como la economía legal, tiene sus obreros, sus pequeñas y medianas empresas y sus grandes empresas multinacionales. A cada nivel le corresponde un modelo de organización y a su cabeza se sitúan las organizaciones de estructura piramidal, las cuales orientan sus relaciones exteriores hacia la sociedad legalmente establecida, ya sea para la realización de actividades delictivas (por ejemplo, las industrias químicas que proporcionan la materia prima indispensable para la manipulación de estupefacientes), o bien para la inversión de sus beneficios en la economía y las finanzas legales (a través de los bancos, las entidades financieras, los mercados financieros, etcétera).

Aunque, actualmente, nos parece natural que la preocupación exclusiva de las organizaciones criminales consista en la obtención del máximo beneficio económico, no siempre ha sido así. Hasta la Segunda Guerra Mundial, la Mafia siciliana, por ejemplo, no tenía como objetivo prioritario el aumento de sus beneficios, sino el control efectivo de su territorio. Claro está que la eficacia de dicho control garantizaba la regularidad de sus ingresos, pero la Mafia era un circuito cerrado, autárquico; y sus reflejos eran los propios de la sociedad pobre y campesina en la que se hallaba inmersa.

En definitiva, la particularidad de una organización criminal es la de estar en perfecta simbiosis con el tipo de economía del entorno. Esto es lo que ha evolucionado, concluye Maillard, y las mafias simplemente se han adaptado a dicho cambio. La economía se ha convertido en el principal vector del

poder, en tanto que antes era todo lo contrario: era el poder el que generaba la riqueza. Es la economía, por consiguiente, y no las mafias, quien ha cambiado.

El blanqueo de dinero

Puede deducirse razonablemente que, de un Producto Criminal Bruto (PCB) mundial estimado en 800.000 millones de euros, un mínimo de 320.000 millones de euros podría ser blanqueado cada año en el mundo por el conjunto de las organizaciones que integran el Crimen Organizado Global. A fin de evaluar la parte del PCB que revierte en la economía legal, habría que añadirle aún los 160.000 millones que aportan los cómplices de la sociedad legal para el funcionamiento de estas organizaciones.

Esta nueva dimensión, adquirida por el Crimen Organizado Global, ha venido a invalidar el enfoque que se le había venido dando al blanqueo de dinero. Hoy en día, la realidad es mucho más compleja, en principio porque la policía ya ha aprendido a detectar los circuitos más elementales y, sobre todo, porque estos circuitos ya no se corresponden a las exigencias de las altas finanzas delictivas, las cuales mueven millones e incluso miles de millones de euros.

Nos hallamos, pues, ante un cambio de perspectiva. A partir de las necesidades del que quiere blanquear los fondos, existe un mecanismo de blanqueo para cada necesidad. Debe tenerse presente, en todo caso, una regla esencial: el blanqueo no es necesariamente un proceso único y aislado. Cuanto más importantes son las cantidades a blanquear, más necesario será realizar diferentes ciclos de blanqueo cada vez más completos. Las técnicas serán más y más sofisticadas, hasta alcanzar una adecuación suficiente entre la honorabilidad de los fondos y la de su propietario. Para ello, resulta indispensable disponer de un conjunto de sociedades pantalla y de hombres de paja, de financieros conocidos y de juristas famosos para camuflar al camorrista napolitano detrás de una red de empresas aparentemente honestas y respetables.

Los paraísos fiscales y bancarios, en los años de la posguerra, eran válvulas para la política, la economía y las finanzas; cajas negras, en realidad. Pero los ordenadores, los satélites y el nacimiento de los mercados financieros han dado una dimensión desconocida a estas plazas bancarias. Actualmente, la liberalización de los mercados ha transformado los paraísos fiscales en paso obligado de los capitales, sea cual sea el su origen.

En realidad, el crecimiento enorme de los paraísos bancarios y de las sociedades "off shore" ha ido en paralelo al aumento de las actividades ficticias justificadas sólo por las necesidades de camuflar el dinero sucio. Esto es lo que lleva a Maillard a preguntarse: «¿Por qué se ha permitido que se multiplicaran estos lugares delictivos? Pues porque las finanzas clandestinas tienen toda la apariencia de ser legales. La multiplicación y la diversificación de los métodos de blanqueo terminan generando una economía virtual, imbricada en actividades legales, en la que reina la ilusión. Una economía y unas finanzas engañosas aparecen como un edificio útil y sólido. Una infinidad de sociedades pantalla, de bancos infiltrados por organizaciones criminales, de empresas ficticias o bajo control mafioso comercian, intercambian y trafican entre sí, dando la falsa impresión de una racional armonía, en la que cada operación tiene su credibilidad natural. ¿Cómo dudar de la honradez de las entidades financieras si manipulan los capitales que riegan la economía mundial? ¿Cómo imaginar que en el corazón mismo del capitalismo financiero se genera el cáncer que le corroe?».

La dificultad, en estos momentos, consiste en saber qué parte de las actividades regulares ha sido infectada por esta importante corrupción del sistema financiero. Debe tenerse en cuenta la enorme cantidad de dinero en juego en los circuitos de blanqueo y su efecto acumulativo. Asimismo, hay que recordar los crecientes desajustes de los equilibrios financieros mundiales, que sólo se explican, al menos en parte, por el efecto perturbador de los bienes financieros que no respetan las reglas del juego financiero normal. Las crisis inmobiliarias, las especulaciones en el mercado de las obras de arte e, incluso, las burbujas bursátiles, resultan más que simplemente sospechosas de estar relacionadas con el dinero sucio. ¿Cómo dudar que el fenómeno sea universal cuando se conoce que la Reserva Federal de los EE.UU. ha sido descubierta por el Gafi enviando diariamente contenedores enteros de dinero líquido, en billetes de 100 dólares, a los bancos moscovitas bajo control mafioso? (El FED gana 15.000 millones de dólares anuales vendiendo estos billetes de banco en el extranjero).

No resulta extraño que ¿cuánto más importantes son las sumas que deben camuflarse, más fácil resulte su blanqueo? Lo cierto es que los circuitos financieros internacionales garantizan una seguridad absoluta

en las grandes operaciones de blanqueo. Ciertas técnicas resultan imposibles de detectar y conducen a esta paradoja aberrante de la globalización criminal: cuanto más importante es el crimen, menos visible resulta.

La confiscación del poder

La criminalidad económica y financiera es el resultado natural de una forma específica de capitalismo, así como lo es la corrupción política o bien los paraísos fiscales. El despliegue mundial de dicho capitalismo ha supuesto prácticamente la desaparición del papel del Estado, y de cualquier otra forma de control cívico, en la administración de la economía y, consiguientemente, se han roto los vínculos existentes entre el Estado-Providencia y el capitalismo, deshaciéndose así todos los pactos establecidos en una larga negociación social. De esta manera, el círculo virtuoso del crecimiento y de la integración social se ha roto irremediablemente.

Las políticas neoliberales de los años ochenta y noventa, de hecho, sirvieron para acelerar el proceso de globalización financiera. Dichas políticas provocaron el incremento del nivel de paro, el agotamiento de los recursos y el aumento incesante de las diferencias de rentas, lo cual propició el entorno idóneo para la extensión del crimen y la creación de redes de corrupción, mercados negros, traficantes de armas y drogas, etcétera.

En las sociedades en las que el Estado controlaba grandes sectores de la economía y no existen instituciones de mercado organizadas por su cuenta, como señala Kaldor, las políticas de "ajuste estructural" o "transición" significan, en realidad, la ausencia de cualquier tipo de norma. En estas condiciones, como es el caso de los países de la Europa del Este, la imposición del "dominio del mercado" no conlleva la creación de nuevas empresas autónomas de producción. Bien al contrario, equivale a corrupción, especulación y crimen organizado.

En estos hábitats generados por la globalización económica, nuevos grupos de turbios "hombres de negocios", frecuentemente vinculados a los aparatos institucionales en decadencia a través de diversas formas de soborno y abusos de información privilegiada, se dedican a una especie de acumulación primitiva: el ansia de tierras y capital. Y, con este propósito, utilizan el lenguaje de la política de identidades con el fin de establecer alianzas y legitimar sus actividades.

Con frecuencia, estas redes están relacionadas directamente con guerras –por ejemplo en Afganistán, Pakistán y grandes zonas de África– y, particularmente, con la desintegración del complejo militar e industrial que siguió al final de la guerra fría. Muchas veces son transnacionales y se relacionan con circuitos internacionales de mercancías ilegales, frecuentemente a través de contactos entre los expatriados.

En este nuevo escenario, las antiguas elites administrativas o intelectuales se alían con una mezcla pintoresca de aventureros y marginados de la sociedad y, juntos, movilizan a los excluidos, los alienados e inseguros, con la finalidad de tomar y conservar el poder. Cuanto mayor es la sensación de inseguridad, mayor es la polarización de la sociedad y menos espacio queda para valores políticos alternativos e integradores.

En su expresión más cruda, el Crimen Organizado Global aparece como la manifestación típica y muy moderna de una nueva criminalidad a escala mundial: la de los poderosos.

El control del Crimen Organizado Global

El Crimen Organizado Global se acomoda perfectamente a la parcelación del poder existente en el mundo liberal. En este contexto, la impotencia de los poderes públicos, aislados, ante la criminalidad organizada resulta cada vez más escandalosa.

Van Creveld remarca que cada día son más los gobiernos que se ven arrollados, dirigidos o bien sustituidos por una diversidad asombrosa de organizaciones criminales y estructuras innovadoras para controlar la riqueza mediante la violencia y la coacción. Estas organizaciones son rápidas, tienen una

gran movilidad y no respetan las fronteras. Hasta el punto que, a efectos de la expansión de la criminalidad organizada, cabe decir que las fronteras que veíamos en los mapas están dejando gradualmente de existir en la realidad.

No es difícil, pues, pronosticar que el creciente poder de dichas organizaciones postestatales terminará desafiando –si es que no lo está haciendo ya– al Estado convencional mediante el establecimiento de diversos vínculos mercenarios transnacionales y defenderán, cada vez más, ambiciones regionales e incluso mundiales. Por el contrario, la lucha efectiva contra el Crimen Organizado Global, tal y como se pone particularmente de manifiesto en el proceso de expansión de la Unión Europea, ni siquiera consigue hacerse un lugar en la agenda internacional.

A pesar del convencimiento generalizado que las principales formas de criminalidad organizada, el terrorismo o el fraude ya no se pueden tratar eficazmente únicamente en un marco nacional –especialmente cuando ya se puede hablar, en buena medida, de la existencia de un gran mercado europeo–, la cooperación entre los Estados miembros de la Unión Europea en materia de Justicia y Asuntos de Interior (JAI) no se ejecuta como el resto de políticas comunitarias. Incapaz de superar las resistencias nacionales, el Tratado mantiene el protagonismo de los Estados miembros y de los órganos de la Unión Europea en los que los Estados miembros participan directamente. Así se explica que las realizaciones de la cooperación JAI y las de las políticas comunitarias frecuentemente se hayan obstaculizado mutuamente –como es el caso de la lucha, fragmentada a nivel nacional, contra el Crimen Organizado Global– o bien que se hayan solapado.

No puede hablarse, pues, de la existencia de un auténtico orden público europeo basado en la lucha unificada contra el Crimen Organizado Global, y resulta aún más difícil prever la aparición de una auténtica policía europea. Hoy por hoy, la Oficina Europea de Policía (Europol) que está plenamente operativa desde 1999 y que dispone de más de cuatrocientos funcionarios, tiene más de 'turism administrativo' que no de respuesta ajustada a los nuevos retos criminales tanto a escala europea como internacional.

Coincidentemente con la negligencia europea en la lucha contra el Crimen Organizado Global, los resultados de la participación internacional (NN.UU., G7, Unión Europea, etcétera) en la "guerra contra la droga" son tanto o más decepcionantes. A pesar de todos estos esfuerzos –debemos tener en cuenta que la Interpol dedica la mitad de su presupuesto a combatir el comercio de drogas ilegales–, se estima que las autoridades confiscan sólo el 10% de las drogas que se producen en el mundo. No puede extrañarnos, por tanto, que dados los beneficios colosales que se pueden obtener de este negocio ilegal, muchas personas estén dispuestas a asumir enormes riesgos para transportar y comercializar drogas.

En realidad, cada año que pasa se hace más evidente que la policía y los ejércitos no pueden destruir las redes de los barones de la droga. En este sentido, resulta clarificador el testimonio de un alto oficial del ejército de los EE.UU., citado por Sontag: «Así como en el Vietnam, las abrumadoras ventajas que poseen los EE.UU. en lo que respecta a tecnología, servicios de inteligencia y poderío militar no son suficientes para superar los factores políticos, económicos y sociales que influyen en la guerra contra la droga. A pesar de todo, es más fácil desde una perspectiva política huir hacia delante que realizar una reevaluación seria».

De esta forma, el gobierno de los Estados Unidos sigue destinando cantidades ingentes de dinero a intentar interceptar la droga en todas sus fronteras y a erradicarla en los países de origen, más una pequeña cantidad para "la educación sobre la droga" en el país. No hace falta decir que, una vez más, enormes cantidades de dinero, van a parar a manos de corruptos dirigentes militares de América Latina y Asia que seguirán utilizando su equipo contrainsurgencia contra sus enemigos políticos y no contra los cerebros de la droga. Y, en última instancia, los resultados reales que se obtienen de esta estrategia difieren radicalmente de aquello que se dice perseguir. De hecho, las grandes partidas de armas libradas por los EE.UU. a los grupos guerrilleros afganos en los años ochenta (muchas de las cuales se desviaron de su destino) estuvieron en el origen de importantes redes de tráfico de armas y drogas que abarcaban Afganistán, Pakistán, Cachemira y Tadjikistán.

La expansión desbordante del Crimen Organizado Global viene pues a cuestionar los dispositivos tradicionales de control de la criminalidad. Particularmente, llama la atención el contraste extraordinario entre, por una parte, la velocidad vertiginosa con que las redes flexibles del Crimen Organizado Global se mueven, se adaptan, colaboran, pactan y se transforman en un escenario sin fronteras y, por la otra, la oxidada ortopedia con la que las policías estatales siguen intentando (en realidad, más preocupadas por mantener su autonomía corporativa que por alcanzar auténticos éxitos globales) armar instrumentos

efectivos de lucha transnacional contra este enemigo aparentemente inalcanzable. No nos puede sorprender, pues, el resultado de este viaje a dos velocidades tan dispares: las fronteras entre Estados se han convertido, para las mafias del contrabando de seres humanos, de drogas, de armas, de órganos humanos y de material radioactivo, en lo más parecido a un queso de gruyere.

Sin embargo, no se queda aquí el cuestionamiento del modelo tradicional de control policial de la criminalidad, ya que los delitos perpetrados “en las alturas”, además de estar mal tipificados, resultan terriblemente difíciles de detectar para las estrategias convencionales de investigación y, para terminar de agravarlo, la vigilancia pública en este ámbito de actuación criminal es, en el mejor de los casos, errática y esporádica, y en el peor simplemente inexistente.

En realidad, como dice Bauman, cualquier unidad policial que se ocupe de la investigación de delitos graves, muy pronto descubrirá que los actos ilegales cometidos “en las alturas” son muy difíciles de separar de la densa red de transacciones y relaciones empresariales diarias y “habituales”. Cuando se trata de una actividad que persigue abiertamente el beneficio personal a costa de otros, la línea divisoria entre lo que está permitido y lo que no lo está resulta, forzosamente, mal definida y siempre es conflictiva y discutible; nada que ver con la reconfortante falta de ambigüedad que presenta el acto de forzar un cerrojo de seguridad. Y es que, de robar los recursos de naciones enteras, se le denomina *promover el libre comercio*; de dejar familias y comunidades enteras sin su medio de vida, se le llama *redimensionar* o simplemente *racionalizar*. Y ninguna de estas acciones ha figurado jamás en ninguna relación de actos criminales y punibles.

Conclusión

El éxito del Crimen Organizado Global, como hemos visto, no puede entenderse, en última instancia, fuera del contexto de una sociedad que ha elevado la lógica de la competitividad y de la maximización del beneficio particular al grado de imperativo natural. Los valores que sustentan el Crimen Organizado Global suponen la realización del auténtico sueño de los capitalistas: crecimiento económico al servicio del interés particular, sin el lastre de la solidaridad ni el control del Estado. Y es por ello que puede decirse, parafraseando la célebre fórmula de Clausewitz aplicada al papel de la guerra en relación a la política, que la criminalidad organizada viene a ser, en la era de la globalización económica, la continuación del comercio por otros medios.

Tampoco se entiende, el éxito del Crimen Organizado Global, si no se tiene presente la pérdida de soberanía de los Estados, con los cuales viene a competir la nueva criminalidad organizada a escala planetaria. De hecho, ya existen vastas regiones del mundo que se hallan fuera de la jurisdicción de cualquier Estado. Hasta el punto que los países muy endeudados ganan mucho más exportando drogas, armas ligeras o inmigrantes que no materias primas legales. El lucrativo capitalismo gansteril, como lo denomina Sontag, podría terminar convirtiéndose en uno fenómeno auténticamente explosivo, en un peligro para el sistema legal de mercado.

De manera que, tal y como advierte Todd, si las sociedades nacionales no llegan a definir los nuevos caminos de una protección económica que asegure el mantenimiento de las protecciones sociales, la estabilidad de las infraestructuras materiales y de los sistemas educativos, podemos prepararnos para vivir fenómenos de regresión masiva: conflictos de clase violentos, o el retorno puro y simple a ciertas formas de barbarie. Hasta tal punto, que la extensión vertiginosa del Crimen Organizado Global, juntamente con las nuevas formas del terrorismo internacional y de la guerra preventiva, vendrían a ser tan sólo el anticipo.

Referencias bibliográficas

ALBRECHT, H-J. “La delincuencia organizada transnacional y los instrumentos internacionales de control”, pp. 87-105. A: Revista Catalana de Seguridad pública. Escuela de Policía de Catalunya, nº 8, junio 2001. ISSN 1138-4921

BAUMAN, ZYGMUNT. Globalització. Les conseqüències humanes. Edicions de la Universitat Oberta de Catalunya, 2001. ISBN 84-8429-176-3

BAUMAN, ZYGMUNT. "Los usos de la pobreza", pp. 133-141. En: La sociedad individualizada. Cátedra, 2001. ISBN 84-376-1936-X

BRODEUR, JEAN-PAUL. "Le crime organisé", pp. 242-251. En: MUCCHIELLI, L. i ROBERT, P. Crime et sécurité. L'état des savoirs. Éditions La découverte, 2002. ISBN 2-7071-3620-4

CASTELLS, MANUEL. La era de la información: economía, sociedad y cultura. Volumen III: Fin de milenio. Alianza Editorial, 1998. ISBN 97-884-2064-456-1

CHOMSKY, NOAM. Estados canallas. El imperio de la fuerza en los asuntos mundiales. Ediciones Paidós, 2001. ISBN 84-493-1152-7

COURTWRIGHT, DAVID T. Las drogas y la formación del mundo moderno. Breve historia de las sustancias adictivas. Paidós, 2002. ISBN 84-493-1223-X

CURBET, JAUME. "La desmitificación de la policía". Seguridad sostenible. Nº 2 (Diciembre 2001) y "La economía política de la inseguridad". Seguridad sostenible. Nº 5 (Agosto 2002). Disponibles en: <<http://www.iigov.org/seguridad>>.

FRANÇOIS, L. et al. (eds.). Criminalité financière, comment le blanchiment de l'argent sale et le financement du terrorisme sont devenus une menace pour les entreprises. Editions d'Organisation, 2002.

GRASO, GIOVANNI et al., Estudios sobre delincuencia organizada: medios, instrumentos y estrategias de la investigación policial. Mergablum Edición y Comunicación, 2001. ISBN 84-95118-51-3

KALDOR, MARY. Las nuevas guerras. Violencia organizada en la Era Global. Tusquets Editores, 2001. ISBN 84-8310-761-9

KING, M. i BOGUSZ, B. "El control del tráfico de drogas en Europa central: estudio comparativo de las políticas aplicadas en la República Checa, Hungría y Lituania", pp. 107-127. En: Revista Catalana de Seguridad pública. Escuela de Policía de Catalunya, nº 9, diciembre 2001. ISSN 1138-4921

MAILLARD, JEAN DE. Atlas Akal de la Criminalidad financiera. Del narcotráfico al blanqueo de capitales. Ediciones Akal, 2002. ISBN 84-460-1178-6

MAROTTA, E. "La perspectiva de la Unión Europea ante los nuevos retos que plantea el crimen organizado", pp. 11-19. En: Revista Catalana de Seguridad pública. Escuela de Policía de Catalunya, nº 3, diciembre 1998. ISSN 1138-4921

MICHAUD, YVES. Changements dans la violence. Essai sur la bienveillance universelle et la peur. Éditions Odile Jacob, 2002. ISBN 2-7381-1135-1

ROTH, JURGEN. Mafias de Estado. Como cooperan los Estados de Occidente con la Mafia del Narcotráfico. Salvat Editores, 2001. ISBN 84-345-0634-3

STERLING, CLAIRE. El mundo en poder de las mafias: la nueva red mundial del crimen organizado. Ediciones Flor de Viento, 1996. ISBN 84-89644-04-7

SUTHERLAND, EDWIN. Ladrones profesionales. Ediciones de la Piqueta, 1993. ISBN 84-7731-148-X

TODD, EMMANUEL. La ilusión económica. Taurus, 1999. ISBN 84-306-0334-4

TORRENTE, DIEGO. Desviación y delito. Alianza Editorial, 2001. ISBN 84-206-8658-1

VAN CREVELD, M. The transformation of war. The Free Press, 1991.

VAN KEEKEN, H. "¿De qué color es el dinero? La experiencia de los Países Bajos en la investigación de delitos financieros", pp. 45-56. En: Revista Catalana de Seguridad pública. Escuela de Policía de Catalunya, nº 3, diciembre 1998. ISSN 1138-4921